

Alberto Garzón
¿Quién vota a la derecha?

De qué forma el PP, Ciudadanos y Vox
seducen a las clases medias

ediciones península

ÍNDICE

Introducción	13
1. LA ECONOMÍA FRENTE A LA POLÍTICA	25
El descubrimiento de Adam Smith	30
Las perspectivas del capitalismo	40
La conquista de los derechos	52
La construcción del Estado social	60
2. LOS CAMBIOS EN LA PRODUCCIÓN Y EN LA VIDA	71
El compromiso keynesiano: la producción en masa	75
El neoliberalismo: la producción flexible	87
Desigualdad y crisis en el siglo XXI	95
El aviso del planeta	109
3. ESPAÑA EN LA ENCRUCIJADA	115
Una historia española del capitalismo	118
El lento desarrollo español	128
Las etapas de desarrollo	133
4. CÓMO VOTAN LAS CLASES SOCIALES	157
Valores y cambio cultural	159
El ascenso de la extrema derecha	172
Los partidos también votan	179

La extrema derecha española	183
El voto de clase en la democracia española (1986-2008)	190
El voto de clase en la democracia española (2015-2019)	198
Cómo se perciben las clases sociales	224
Conclusiones	229
<i>Addendum.</i> LA VENGANZA DE LA CLASE	245
La perspectiva marxista	254
La conceptualización de la clase: Max Weber	263
La conceptualización de la clase: Pierre Bourdieu	272
Notas	279

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo nace impulsado por una preocupación que me acompaña desde hace muchos años. Se trata de la ola reaccionaria que asola a la mayoría de los llamados países desarrollados y que tiene algunas de sus manifestaciones más evidentes en la victoria electoral de líderes políticos como Donald Trump, en Estados Unidos, y Jair Bolsonaro, en Brasil, pero también en la radicalización de políticos como Viktor Orbán, en Hungría, o Albert Rivera, en España. En este proceso también sitúo el crecimiento de los partidos de ultraderecha en Europa, un fenómeno frente al que creíamos que nuestro país estaba vacunado hasta que, en diciembre de 2018, una formación de ultraderecha —todavía residual en aquel momento— logró entrar en el Parlamento autonómico andaluz con un 11 % de los votos.

Sin duda, cada uno de estos fenómenos políticos tiene sus propias singularidades, las cuales hacen imposible una generalización de sus causas y consecuencias. Soy plenamente consciente de este hecho. Sin embargo, escribo este libro con la convicción de que existe un patrón común a todos ellos, y que no es otro que el terreno de juego económico en el que estos proyectos políticos se están desplegando. Cabe observar que el conjunto de estos proyectos radicalizados alimenta y rentabiliza la xenofobia, la homofobia y el clasismo, rasgos carac-

terísticos de valores culturales conservadores y reaccionarios. No obstante, eso no significa que la cuestión económica deba desaparecer del análisis. Muy al contrario, desde mi punto de vista sería absurdo intentar comprender estos fenómenos sin analizar cómo la lógica del capitalismo ha provocado importantes mutaciones sociales por todo el mundo.

A lo largo de las próximas páginas defenderé por qué creo que estas transformaciones económicas, especialmente las de las últimas décadas, se encuentran en el origen de las convulsiones sociales presentes. Soy de la opinión de que la globalización —en sus dimensiones económica, política y tecnológica— ha provocado nuevas tensiones sociales al operar como vector de desmontaje de los resortes distributivos y de las políticas públicas en los Estados nación occidentales. En particular, creo que el desarrollo desigual que caracteriza a la globalización, y que se manifiesta en los planos interpersonal, interregional e internacional, va creando sistemáticamente bolsas sociales de frustración, rabia, impotencia y desesperación que, en la mayoría de los casos, acaban teniendo expresiones políticas organizadas.

En todo caso, no pienso que haya nada predeterminado en esta dinámica. Como explicaré en los capítulos 1 y 2, aunque la globalización es un proceso inherente a la lógica del capitalismo, también puede encontrar —y, por supuesto, encuentra— frenos y contrapesos. De hecho, las investigaciones en la materia hablan realmente de «olas de globalización», lo que abunda en la idea de que no hay ninguna trayectoria determinada *a priori*. Lo que hay, más bien, es una disputa eminentemente política respecto a la distribución de los beneficios generados en la actividad económica gracias a los incrementos de productividad. Como veremos más adelante, la constitución de los modernos sistemas de protección social, la construcción de redes de servicios públicos o, incluso, la

reducción de las jornadas laborales tienen que ver con una disputa distributiva sobre el valor del producto del trabajo. Por eso subrayo que el capitalismo crea desigualdades de forma inherente y que, con él, indefectiblemente se acaban produciendo movimientos de resistencia entre los «perdedores». De ahí que todas las conquistas sociales sean contingentes, es decir, precarias e inestables, pues son el resultado de una lucha política que no cesa nunca.

Sin embargo —y he aquí una de las grandes paradojas de nuestro tiempo—, mientras que el capitalismo se expande como un virus por cada uno de los rincones del planeta, invadiéndolo todo con su propia lógica, las disputas políticas tienden a estar focalizadas en niveles territoriales mucho más restringidos. Sin duda, ello favorece los intereses de aquellos actores que sí se mueven en un plano internacional, como el capital financiero, pero la capacidad de maniobra de los que actúan en terrenos locales y nacionales se restringe sobremanera. Aceptar este hecho implica la necesidad, para los movimientos de oposición, de situar cualquier disputa política en un adecuado contexto internacional, a fin de no errar en su análisis y propuesta.

En este sentido, las renovadas demandas de mayor soberanía aciertan con su denuncia por el vaciado profundo que se ha hecho de las instituciones de la democracia liberal representativa al haber cedido estas sus competencias reales y efectivas a espacios dudosamente legítimos, como la Comisión Europea o el Banco Central Europeo (BCE). Aun así, esa reivindicación de una soberanía política ignora, de un modo sorpresivo, que la soberanía económica no depende tanto de poseer una moneda propia como de combatir un rol subalterno en la división internacional del trabajo. Por desgracia, la mayoría de los análisis procedentes de la izquierda están condicionados por una fuerte nostalgia de un tiempo que ya fue superado *de facto* por el capitalismo, a saber, el de los Estados

nación. Por eso es tan irónico que la izquierda que se reclama más radical y más filosóficamente materialista haya olvidado el importante papel que juegan las estructuras productivas. En definitiva, si España no es soberana, no es tanto porque esté bajo una moneda común (elemento que, en todo caso, restringe el margen de actuación), sino porque su estructura productiva es sobre todo subdesarrollada en relación con las economías más avanzadas. No es soberana porque el papel que le corresponde en la división internacional del trabajo es el de una economía de «tercera división», pese a tratarse de la cuarta más grande de la Unión Europea en términos del producto interior bruto (PIB).

Por estas razones, en el capítulo 3 estudiaremos la evolución de la economía española desde que se puede decir que existe capitalismo en nuestro país. Buscamos comprender mejor cuáles han sido las deficiencias y límites del desarrollo económico de España, bajo el convencimiento de que el pasado condiciona enormemente las trayectorias de desarrollo de cualquier país. Con un desarrollo industrial tardío y una inserción particular en la división internacional del trabajo dentro de la Unión Europea, sostenemos que nuestro Estado padece las consecuencias de las trayectorias de dependencia del pasado, y también los efectos negativos de un sistema de incentivos que impide la modernización productiva de nuestra economía. Por un lado, la dinámica política en estos doscientos años ha estado caracterizada por la persistencia de una estructura de poder básicamente oligárquica y portadora de una cultura política clientelar y corrupta. Lo limitado de las revoluciones liberales en los siglos XIX y XX ha condicionado de forma clara este hecho al permitir que estructuras políticas y culturas que germinaron en los sistemas predemocráticos sobrevivieran. Por otro lado, España se ha beneficiado económicamente de su entrada en la Unión Europea, pero al coste de remarcar su

carácter periférico y subordinado a las dinámicas de las economías del norte, lo que ha fortalecido los rasgos precarios que caracterizan el mercado de trabajo de nuestro país.

Como consecuencia de estos factores, la estructura social de España ha cambiado sobremanera en un período de tiempo relativamente breve. En apenas medio siglo, hemos pasado de ser un país con una predominancia de las ocupaciones agrarias y una débil industria a ser uno con un fuerte sector terciario, una industria que vivió su auge y ocaso de modo muy veloz, y una agricultura que ya representa un espacio residual en términos de empleo. Y todo ello bajo una estructura productiva que impone, sin perjuicio de las sucesivas reformas laborales, un alto grado de precariedad a los trabajadores, hasta el punto de hacer insostenible cualquier modo de vida digno para sectores cada vez más amplios de la población.

Es aquí donde se encuentran al mismo tiempo el nudo gordiano y la caja de Pandora de nuestro momento político. De un lado, esta situación alimenta un necesario debate público en torno al papel que le corresponde a España —o que quiere ganarse— en la división internacional del trabajo. Hablamos de los retos, amenazas y oportunidades, todos ellos multidimensionales, que afronta nuestro país en el siglo xxi: ¿cómo sobrevivir en una economía-mundo hipercompetitiva preservando a la vez los derechos laborales?; ¿cómo reconstruir instituciones supranacionales que pongan límites al capital y su destructiva lógica?, o ¿cómo combatir de manera efectiva el cambio climático en un contexto de ausencia de cooperación internacional? Todas estas cuestiones son centrales en el análisis sobre el futuro de España, incluso aunque apenas ocupen algunas pequeñas referencias en el debate político contemporáneo.

Sin embargo, de otro lado, es esa situación de creciente empobrecimiento, desigualdad y frustración la que está creando el caldo de cultivo para el surgimiento de nuevos movi-